

LIBRO SEGUNDO

LOS BERBERISCOS Y LA EXPULSION DEL ISLAM DE LA EUROPA OCCIDENTAL

CAPITULO PRIMERO

SEVILLA

Para formarse una idea aproximada del estado en que se encontró España desde la caída de los amiridas y desde el fin del califato de Córdoba, no hay mejor medio que compararla con la Italia del siglo xv, cuyo estado en aquella época es conocidísimo por la generalidad. Era una multitud confusa de Estados de extensión mediana hasta mínima, creados por circunstancias casuales ó por triunfos momentáneos de nobles mesnaderos, sin que ni las condiciones naturales geográficas ni las históricas tuvieran la menor parte en estas creaciones políticas. Disputábanse en no interrumpidas guerras y con fortuna varia los girones del imperio desmoronado, y se derrocharon los inmensos recursos que al país habían quedado de todo un siglo de prosperidad y que las ruinosas y destructoras guerras civiles no habían logrado aniquilar en el acto. Es un espectáculo triste ver perderse todo sentimiento de interés comun, como la defensa de las fronteras contra los cristianos, entre envidias y guerras intestinas mezquinas, parecidas á la guerra de las ranas que pinta el poema atribuido á Homero (1), hasta que uno tras otro de estos Estados son conquistados por los cristianos. Estos, renunciando muchas veces á sus discordias intestinas, se dedicaron con energía sostenida á la reconquista de la España mahometana, mientras los soberanos mahometanos, desunidos, hacen traición á la causa del Islam, solicitan, impulsados por intereses y envidias personales, el favor de sus enemigos y hacen alianzas con ellos. Verdad es que el amor patrio tampoco era grande ni menos puro en el campo cristiano, y en el curso del siglo v (xi) encontramos, como hemos encontrado en tiempo de Almanzor, tropas cristianas á sueldo de príncipes mahometanos. Muchos é indisciplinados jefes de partidas armadas, que pretendían pelear por la causa de Leon y Castilla, en realidad buscaban mas bien la vida independiente del bandolero sin ley ni fe que la extensión del cristianismo, y se parecían mas á la soldadesca mercenaria de la Alemania de los siglos xv y xvi que á defensores de la patria y de la religion. Pero tambien hubo príncipes cristianos enérgicos que durante decenios condujeron su gente de victoria en victoria, uniendo todas sus fuerzas como en un solo haz y venciendo por medio de un plan fijo y constantemente seguido á los pequeños y divididos emires. Estos, al fin, llamaron á su auxilio al jefe de una nueva gran potencia que se habia formado en Africa; pero este salvador no tardó en transformarse en amo tiránico, y si acabó por la fuerza de su brazo con el fatal particularismo que habia deshecho el gran im-

(1) *Batrachomyomachia*.

perio hispano-mahometano, faltó poco para que acabara tambien con la avanzadísima civilización material é intelectual que habia producido aquel imperio. La España mahometana del siglo x se parece igualmente á la Italia del xv en que las conquistas materiales é intelectuales de su civilización no se hundieron en seguida á consecuencia del desgobierno y de las guerras civiles. Muy al contrario, mientras la actividad industrial y mercantil continuó todavía creando riquezas y comodidades, florecieron tambien con alegre exuberancia la poesía y el cultivo de las ciencias en las cortes de los reyezuelos militares eslavos y árabes, formando una sociedad tan culta, de gusto tan refinado como ningun país del mundo podia presentar otra entonces. A manera de los trovadores que aparecieron mas adelante en los países cristianos, iban en la España mahometana cantores y poetas de corte en corte recreando á los grandes y á todas las personas influyentes con sus canciones y recogiendo en cambio ricas recompensas. Tan generales eran las dotes artísticas y la disposición para las ciencias en la nación hispano-árabe, que los reyes y sus súbditos, el visir y el hombre del pueblo rivalizaban con los poetas de oficio en habilidad para componer versos elegantes ó profundamente sentimentales, y con los eruditos en estudios serios. Las condiciones políticas del país no permitieron que esta situación brillante, si bien á menudo afeminada, que hacia nacer en las inteligencias previsoras presentimientos siniestros, durase mas allá de pocos decenios; mas á pesar de esto, aquella generación viva, poética y científica, forma un cuadro tan halagüeño que recuerda á su vez la época de los Médicis en Italia.

Por docenas se contaban entonces los Estados pequeños gobernados por emires independientes, algunos de los cuales se habian formado ya hasta cierto grado de independencia en tiempo de los omniadas. Para mayor facilidad de nuestra relacion los dividiremos en dos grupos mayores, el berberisco en el Mediodía y el eslavo en el Este. Fuera de estos dos grupos, habia un gran número de soberanos y soberanillos hispano-árabes y berberiscos arabizados, cuyos territorios estaban situados en el Norte y Oeste. Ya conocemos algunos de los principales; árabes eran los tudschibidas de Zaragoza y sus vasallos, como los Benu Hud de Lérida; despues los emires de Denia, de las Baleares y de Almería, que eran los eslavos Mudsháhíd y Heiran; las dinastías berberiscas de los hamuditas de Málaga, que se titulaban califas, pero cuyo poderío no igualaba ni con mucho al de los siridas de Granada, que, no obstante, eran y continuaron siendo por algun tiempo vasallos suyos; luego habia toda una multitud de otros Estados, de los cuales solo citaré á Valencia, gobernados por jefes eslavos que se cambiaban á cada momento; Albarracin recibió su nombre de sus amos berberiscos, los Benu Rasin; en Alpuente reinaba la familia

árabe de los Benu Casim, y entre Málaga y Sevilla se encontraban los principados berberiscos de Arcos, Ronda, Moron y Carmona. Al Oeste del Guadalquivir habia una caterva de reyezuelos de origen vario, como los de Huelva, Niebla y Algarbe; algo mas poderosos eran los Benu Aftas de Badajoz, descendientes de berberiscos, pero tomando aires árabes, etc. Finalmente citaré á Toledo, que obedecia á Ya'ix Ibn Mohammed, y las dos repúblicas de Córdoba y Sevilla.

Los Benu Haxim, los tudschibidas de Zaragoza, tenian ya una historia larga y honrosa cuando la caída de los amiridas les proporcionó su tan deseada independencia. Hacia siglo y medio que eran lugartenientes hereditarios de los califas, primero al lado de los Benu Casi, en Aragon, y desde el año 130 era Zaragoza su capital, la cual con el poderío y la energía de esta familia estuvo eficazmente protegida contra los ataques ya de los navarros, ya de los catalanes, con los cuales la unieron luego relaciones mercantiles, gracias á la política inteligente de la citada dinastía. Como ésta era además amante del fausto, habia hermoseedo su capital tanto, que habia llegado á ser una de las mas bellas de España, y en la época de que ahora tratamos la reina del Ebro estaba en su apogeo bajo el cetro de Mundhir, hombre brutal y do lo para los demás príncipes mahometanos, pero fomentador incansable del bienestar de sus súbditos. Todavía algunos vestigios de arquitectura morisca recuerdan el apogeo de esta ciudad. Quiso, sin embargo, el destino que al llegar la dinastía al colmo de su poderío estuviera cerca su ruina. Mundhir murió el año 414 (1023) y su hijo y nieto reinaron todavía hasta el año 430 (1039), en el cual murió el nieto, Mundhir II, asesinado por un pariente suyo. Su muerte produjo en Zaragoza la mas espantosa anarquía, y al cabo de algunos meses los habitantes desesperados se arrojaron en brazos de Suleiman Ibn Hud, de Lérida. Desde entonces reinó allí durante 70 años esta familia: Suleiman, con el sobrenombre de El-Musta'in, hasta 438 (1046); Ahmed El-Moctadir hasta 474 (1081); Yusuf El-Mu'taman hasta 478 (1085) y Ahmed El-Musta'in II hasta 503 (1110). Despues una línea colateral de los tudschibidas, los Benu Somadih, conforme luego veremos, logró fundar un nuevo Estado en otra parte.

En Valencia se habian hecho señores del país jefes militares eslavos, hasta que en 412 (1021) fué reconocido allí soberano un nieto del regente Almanzor, llamado Abdelaziz; por manera que la familia de Almanzor encontró allí una especie de indemnización, aunque modesta, del importantísimo papel que antes habia desempeñado en el imperio hispano-mahometano. Abdelaziz, que con escasa razon adoptó el nombre de su célebre abuelo Almanzor, reinó en Valencia desde el citado año hasta 453 (1061) y consiguió en este tiempo aumentar su dominio con una adquisición muy valiosa, á saber: Almería. Habiendo muerto en esta última ciudad Heiran, en el año 419 (1028), habíale sucedido en el trono otro eslavo llamado Soheir. Este riñó en 429 (1038) con el sirida Badis de Granada, el sucesor segundo de Sawi, y en su consecuencia pereció Soheir en una sorpresa que le dieron las tropas granadinas; y como no dejó herederos, aprovechó Abdelaziz de Valencia la ocasion de apoderarse de Almería. Esto excitó la envidia de Mudsháhíd de Denia, el cual reinó en esta comarca hasta el año 436 (1045). Era hombre de accion, enérgico y sin consideracion á nada ni á nadie; conquistó desde las Baleares la isla de Cerdeña, aunque por poco tiempo; sus buques piratas eran el terror de todo el Mediterráneo occidental y con ellos amenazó á Valencia. Abdelaziz se vió obligado á regresar á su capital y á dejar en Almería, en calidad de lugarteniente suyo, á su

cuñado Abu'l Ahwas Ma'an, en 433 (1042). Éste era hijo de Abu Yahya Mohammed, de la familia de los Benu Somadih, parientes de los tudschibidas de Zaragoza. Su padre se habia sublevado, siendo comandante de Huesca, contra su soberano Mundhir I, y habiendo fracasado la intentona habia tenido que refugiarse cerca de Abdelaziz de Valencia, que habia dado dos hermanas suyas por esposas á los hijos de aquel. Apenas hubo Abdelaziz dejado instalado á su cuñado cuando éste se declaró independiente, y como Abdelaziz no disponia de fuerzas suficientes para reducirle á la obediencia, quedó desde entonces Almería bajo la dinastía Benu Somadih como Estado autónomo. Tres individuos de esta familia reinaron sucesivamente en Almería, y el segundo, hijo de Ma'an, llamado Mohammed, con el sobrenombre de El-Motasim, que reinó desde 443 (1051) hasta 484 (1091), fué uno de los monarcas mas amables y benévulos de su siglo. Su justicia y afabilidad hacia sus súbditos eran tan proverbiales como la munificencia con que recompensó á los poetas y sabios que de todas partes acudían á su corte. En cambio su territorio, que al principio se extendia hasta mas allá de Jaen y Lorca, se fué reduciendo gradualmente por efecto de los ataques de sus vecinos y de la traicion de varios gobernadores, hasta quedar limitado á la capital; pero Almería, mientras vivió este príncipe instruido y bondadoso, fué un asilo de las artes y ciencias.

Menos idíllica era la situación del vecino Estado de Granada. Esta ciudad, tan fuerte como bella, empezó entonces á figurar mas que antes en la historia de España. Hasta la guerra civil habia tenido por rival aventajada la ciudad de Elvira (Illiberis), la antigua capital de la provincia, que distaba de Granada solo legua y media escasa; pero desde que Elvira fué asolada terriblemente y repetidas veces por el año 400 (1010) principalmente por los berberiscos, la mayor parte de sus habitantes la habian abandonado, prefiriendo establecerse en la vecina y bien defendida Granada, que desde entonces llegó á ser el verdadero centro del país. Por esta razon la eligió el sirida Sawi por capital cuando se hizo nombrar lugarteniente de aquella region por el omniada Suleiman, proclamado califa de Córdoba. Desde entonces Sawi solo accidentalmente intervino en las luchas de Córdoba, como hemos expuesto ya en su lugar, dedicando todas sus fuerzas con preferencia al fomento de la prosperidad del país, hasta que cargado de años y cansado se retiró, en el año 410 (1019), á Keirowan, en Africa, la corte del sirida Mo'is, su sobrino en tercer grado, donde murió. Habia dejado en Granada encargado del gobierno á su hijo, el cual exasperó tanto en poco tiempo á sus súbditos berberiscos que se sublevaron y proclamaron en su lugar á Habbus Ibn Macsen, sobrino de Sawi. Este no pudo obtener grandes resultados de su gobierno, porque se lo impidieron en parte las circunstancias especiales del país. La mayoría de la poblacion era originaria del país, no obstante el gran número de berberiscos que desde antiguo se habian establecido en él mucho antes que lo hiciera Sawi con sus sanhadschas; y esta mayoría habia padecido tanto en la guerra civil que habia cobrado un odio invencible á los berberiscos. Al mismo tiempo Habbus no podia utilizar los servicios de sus súbditos españoles en la administracion y gobierno del país, so pena de irritar á sus berberiscos, que en cambio carecian de aptitud especialmente para redactar documentos, y mas los políticos y diplomáticos, con habilidad y pulidez literaria, dotes que en aquella época eran condiciones tan necesarias que cualquier gobierno habria caído en el mayor ridículo si no las hubiera atendido debidamente. Habbus salió de este compromiso eligiendo para estos servicios el elemento judío, el cual en Granada y demás ciudades del país era tan nume-

roso que los mahometanos fanáticos llamaban á Granada con cierto desprecio la ciudad judía, si bien con mas razon merecia este sobrenombre la no muy distante ciudad de Luceña, habitada casi exclusivamente por judíos. El elemento judío, siempre industrioso, instruido y sumiso á las autoridades, habia llegado á ocupar en el país de Granada, como en toda la España musulmana, una posicion respetable y acomodada, y á la sombra de los omniadas tolerantes y preocupados habia tomado parte tambien en el movimiento intelectual y científico. Por todas estas circunstancias Luceña habia llegado á ser un centro de la ciencia hebrea en la Edad media; pero si allí se cultivaba el estudio de la lengua y literatura sagradas de los judíos, tambien hubo entre ellos poetas y autores famosos, rabinos, médicos ó comerciantes que escribieron sus obras en árabe, rivalizando en el manejo de este idioma con los autores árabes mas célebres. Uno de estos sabios judíos, que habia nacido en Córdoba y estaba establecido en Málaga, donde tenia una pequeña tienda, era Samuel Ha-Levi, cuyo oficio de tendero no le impedia ser sabio talmudista y erudito en las letras y ciencias árabes, teniendo particularmente fama de redactor con extraordinaria habilidad y elegancia toda clase de cartas y otros documentos árabes. Esta fama llegó por casualidad á oídos del visir de Granada, el cual colocó á tan útilísima persona en su oficina, porque como hemos dicho escaseaban hombres de esta clase en la administración. En sus trabajos dió Samuel tantas pruebas relevantes de habilidad diplomática, además de sus otros talentos, que Habbus, á la muerte de su visir, desechó todos los escrúpulos religiosos y nombró á Samuel visir en reemplazo del difunto, cosa probablemente entonces sin ejemplo, porque aun hoy son muy pocos los países mahometanos y no mahometanos donde un judío pueda llegar á tan alto puesto sin abjurar su religion. Por espacio de cuarenta años el visir judío fué el consejero de confianza de los emires de Granada; y sus correligionarios le nombraron en 418 (1027) príncipe de Israel (*Nagid*), es decir, jefe de todos los judíos del país. Los tiempos no han oscurecido la celebridad de Samuel Ha-Levi, que bien mereció aquel título honorífico por su erudicion, talento, ciencia práctica y vida intachable, sin vanidad ni orgullo. Al mismo tiempo era dadivoso hasta con munificencia regia, pero con tacto exquisito, y no solamente para sus correligionarios sino tambien para los demás, de suerte que conquistó hasta la simpatía de los árabes. A él se debió que despues de la muerte de Habbus, ocurrida en el año 429 (1038), no se hundiera completamente el Estado de Granada por culpa del hijo y sucesor del difunto, Badis, que reinó hasta el año 465 (1073) y que fué uno de los tiranos mas malvados que el mundo ha visto. Por ser el hijo mayor, habia contribuido Samuel á que sucediera á su padre, no obstante el empeño de un partido influyente que queria colocar á un hermano suyo en el trono, y esto aseguró al ministro judío una influencia sobre el tirano que redundó en beneficio del país. El nuevo soberano era una fiera, al cual nadie mas que un hombre tan sabio y hábil como Samuel habria podido gobernar, aunque solo hasta cierto punto, pues contener siempre á una bestia sanguinaria y dada á todos los vicios y excesos, la mayor parte del tiempo ébrio, soberano absoluto, refractario á la razon y á la reflexion, no estaba en poder de ningun hombre. En Almería se habia establecido toda una colonia de granadinos que habian logrado con gran trabajo librarse del furor del monstruo, el cual para vengarse en alguien envió un cuerpo de tropa en plena paz para atacar por sorpresa á Soheir, soberano de Almería despues de Heiran y eslavo como éste. Soheir fué hecho, en efecto, prisionero y muerto. Habiendo disgustado al tirano la anexión á la república de Sevilla de

algunos pequeños Estados berberiscos (1) ordenó el degüello de todos los árabes de su territorio, y costó gran trabajo á Samuel el hacerle desistir de esta resolucio. Peligroso era vivir bajo semejante fiera, especialmente para las clases altas, que estaban continuamente amenazadas, y no obstante nunca peligró la existencia del Estado: la administracion interior marchó con regularidad, las fronteras estaban guardadas de ataques exteriores; el país prosperó y ocupó pronto uno de los primeros puestos entre los Estados españoles, todo gracias á la sabiduría y talento del ministro. Al fin llegó á ser Granada el único baluarte del elemento berberisco en toda la península, porque en el resto del país iban perdiendo rápidamente terreno los berberiscos, que no hacia mucho eran el terror de España. No habia union entre ellos ni surgió el hombre ambicioso pero capaz y enérgico que pudiera suplir á la union.

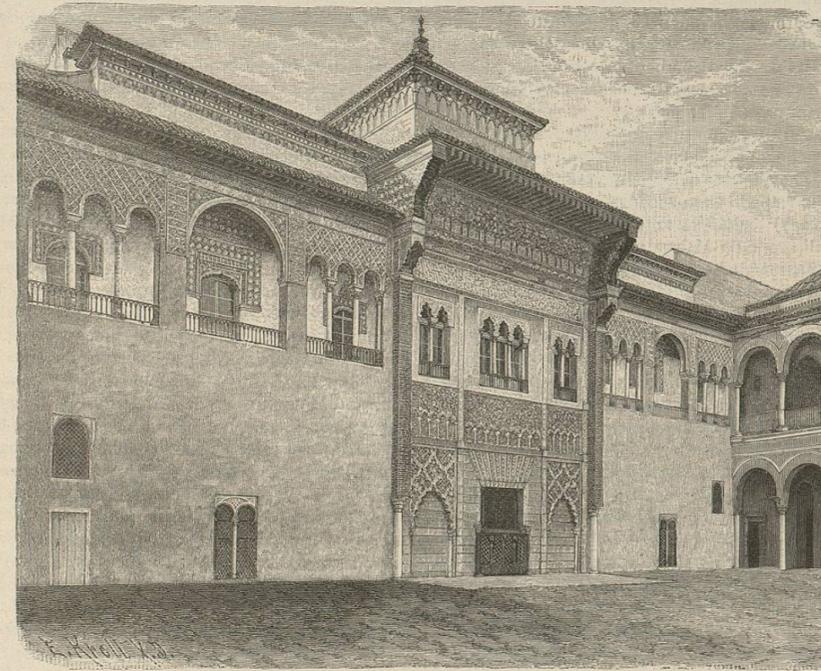
Los aftasidas de Badajoz eran berberiscos, pero deseosos de parecer árabes, á cuyo fin se esforzaron por mostrarse cultos y hasta se hicieron construir un árbol genealógico que los hacia descender de Tuschib el beduino, del cual descendian los reyes tudschibidas de Zaragoza. Los soberanos aftasidas, Abdallah, con el sobrenombre de El-Mansur, que reinó en Badajoz hasta por el año 422 (1031), Mohammed El-Mosafar, hasta 460 (1068), Yahya El-Mansur II, desde 460 (1068) hasta 473 (1082), y Omar El-Mutawakkil, desde 473 (1082) hasta 487 (1094), hicieron grandes esfuerzos para proteger y fomentar las artes y las ciencias, y hasta cultivarlas personalmente, rivalizando con los árabes mas cultos, con grandísimo daño de la fuerza armada de su territorio, lo que les expuso á gravísimos peligros, entre los reyes de Leon y Castilla por un lado y los soberanos mahometanos vecinos por otro. De todos modos valian muchísimo mas que los emires berberiscos de Toledo, los Benu Zu'n-Nun, que se habian apoderado el año 427 (1036) de la antigua capital de la España goda, en el puesto de Ya'ix. Esta familia habia tenido fama en tiempo de los emires omniadas por su poderío y su carácter levantisco; todavia conservaba el primero, pues que se posesionó de la region toledana, pero el carácter habia cambiado, y en lugar de hacer la guerra á los cristianos, como sus antepasados, se entregaba al lujo y á los placeres de la mesa. Un banquete de los Zu'n-Nun era en España lo que en Roma uno de Lúculo; mas las consecuencias fueron fatales, porque el tercer monarca de esta dinastía fué expulsado por Alfonso VI, y su territorio, que habia sido durante casi cuatro siglos un sólido baluarte de la España mahometana contra los cristianos, fué la primera y la mas terrible brecha que éstos abrieron para sus conquistas ulteriores. Los tres monarcas Zu'n-Nun eran Ismael Ez-Zafir, que reinó desde 427 (1036) hasta 429 (1038); Yahya El-Ma'amun, desde 429 (1038) hasta 467 (1075), y Yahya El-Kadir, que reinó desde 467 (1075) hasta 478 (1085).

El particularismo está en la sangre de los españoles, por lo menos en la de los habitantes de algunas provincias, y á esta tendencia corresponde al parecer la aptitud de los españoles para organizar las administraciones locales autónomamente. Conocido es el estado floreciente de los municipios españoles hasta que el absolutismo de los Habsburgos acabó con su independencia. Ya en la época mahometana vimos el ejemplo de Toledo, que durante 80 años se gober-

(1) Por monstruoso que nos parezca semejante propósito tiene sin embargo un paralelo en la historia de España. Un piadoso clérigo cristiano presentó al rey Fernando el Católico, despues de la sublevacion de los moriscos de las Alpujarras, una memoria en la cual expuso su conviccion «de que era permitido y conveniente matar á todos los moriscos.» Véase Schack: *La poesía y arte de los drabes*, II, pág. 321.

nó autónomamente como ciudad independiente. A la caída de los omniadas siguieron su ejemplo Córdoba y Sevilla, y la primera debió á este cambio y á la sabiduría y moderacion de dos varones eminentes el disfrutar de 30 años de paz, apenas interrumpida por algunos desórdenes pasajeros, y rehacerse algun tanto de los terribles destrozos que habia sufrido. Los patricios, despues de desterrar á Omayá y de restituir, obrando de comun acuerdo, á la ciudad la tan deseada tranquilidad, invitaron á Schahwar Ibn Mohammed, jefe de una familia de las mas respetadas, á encargarse del gobierno y á proceder segun su buen criterio. El invitado,

hombre prudente y desinteresado, declinó el honor de hacerse monarca; dijo que no rehuía el trabajo, pero que no queria cargar con toda la responsabilidad, y pidió que nombrasen para ayudarle á llevar la carga á otros dos miembros de su familia. Así se hizo, y Schahwar se consideró solo agente del consejo de Estado, compuesto de los hombres mas notables de la ciudad, en cuyo conocimiento puso todo cuanto ocurría de alguna importancia, así como los documentos oficiales, para que el consejo los autorizara ó desaprobara antes de darles curso, si bien su opinion fué siempre respetada como la mas acertada en las deliberaciones



Fachada del alcázar de Sevilla

del consejo. Nunca se presentó Schahwar de otra manera que como ciudadano sencillo, acomodado y respetado que habia sido siempre, evitando escrupulosamente todo lo que pudiera hacer sospechar intenciones ambiciosas, y así rehusó terminantemente instalarse en el palacio de los califas. En realidad gobernó sin dejarse nunca dominar ni por el orgullo ni por la ambicion, sin faltar jamás á su carácter leal y honrado ni desviarse de su política práctica y acertada; y si duplicó en poco tiempo su fortuna fué resultado de su buena y económica administracion particular, tan acertada como lo era la de los intereses públicos. De esta manera pronto hizo renacer el órden y la seguridad, y aumentó el movimiento mercantil é industrial. Su política extranjera era amistosa, enemiga de aventuras, pero digna y firme. Por supuesto, no volvió á ser Córdoba lo que habia sido, la primera ciudad de todo el Occidente, pero volvió á florecer dentro de límites modestos. Murió este «primer cónsul» el año 435 (1043) y ocupó su puesto su hijo Mohammed Ibn Schahwar, que dirigió el Estado en idéntico sentido hasta que abdicó en 456 (1064) á favor de sus hijos Abderraman y Abdelmelik, á consecuencia de lo cual se turbó la marcha

tranquila del Estado; pero como la ciudad se habia rehecho ya mucho, las condiciones nuevas, menos agradables que las anteriores, no perjudicaron ni su poderío ni su riqueza.

Otra fué la marcha de los sucesos de Sevilla, donde los patricios habian elegido de entre ellos tambien un jefe, despues de no haber admitido en la ciudad al califa hamudita Kasim Ma'amun; pero temiendo que éste volviera con fuerzas superiores, y recelosos de lo que en tal caso podria suceder, ofrecieron en el año 412 (1021) la direccion del gobierno al cadí de su ciudad Abu'l-Kasim Mohammed, de la familia Benu Abbad, ya porque disfrutaba de la confianza general, ya por cargar sobre él toda la responsabilidad. Era muy rico, inconveniente muy grande para entregar entonces en países mahometanos el supremo poder á un hombre, pero su prosapia no era muy importante; descendía de la tribu árabe de los lahmidas, aunque no de la rama de los antiguos reyes de Hira sino de una rama lateral oscura que antes de la venida de Mahoma habitaba un punto del desierto de Siria viviendo de la cria de sus ganados y robando camellos cuando se ofrecía la ocasion. Su padre se habia distinguido en tiempo de Almanzor como guerrero y como sabio y ocu-